

de Mefistófeles a Fausto: «Gris es, amigo, toda teoría. Del árbol dorado cuelgan los frutos de la vida. El pobre infeliz que se nutre de especulación es como un animal que vegeta en una landa estéril, mientras en torno a él se extienden las ricas y verdes praderas». Evidentemente, el intelectual moderno ha escuchado al sensual personaje de Goethe. Está harto de un régimen que produce los rostros esqueléticos de un Erasmo o de un Dante: aspira a los inflados carrillos de un Rabelais, por no decir de un Falstaff. Pero de la razón, esa landa estéril, surgen los conceptos, las definiciones, las ideas generales, todas las cosas mediante las cuales el espíritu humano ha superado el alma del niño y del salvaje. Esas abstracciones son los únicos bienes cuya posesión puede compartirse y, por lo tanto, la facultad que las crea y las maneja es el valor cuya adopción deben predicar todos los que quieren de verdad la abolición de la guerra entre los hombres. Recordemos que Spinoza, en su *Ética*, demuestra que el privilegio de la razón es pertenecer a todos los hombres. «La posesión común, lejos de debilitarla, la acrece en cada uno que la posee». Y otro filósofo también caro a Benda, Malebranche, hace notar que dos hombres no pueden nutrirse al mismo tiempo del mismo fruto ni abrazar al mismo tiempo el mismo cuerpo. Las criaturas son seres particulares que poseen bienes particulares. Al poseer bienes particulares, privan de ellos a otras criaturas y por eso las irritan y hacen de tales criaturas sus enemigos. «Pero la Razón es un bien común, que une con amistad perfecta y duradera a quienes la poseen. Es un bien que la posesión no divide, que el espacio no confina, que el lenguaje no corrompe». ¿Cómo es posible, me pregunto yo, que un intelectual que anhela la paz puede desdeñar la razón? ¿Cómo es posible que haya olvidado el apóstrofe del Dante, esos dos endecasílabos del canto decimocuarto del *Purgatorio*:

*O gente humana, perchè poni il cuore
Là o v'è mestier di consorto divieto?
Oh humanidad, ¿por qué pones tu corazón
en bienes que es imposible compartir?*

La distinción que establece Benda entre espíritu puro y espíritu encarnado, entre moral realista y moral desinteresada, entre *clercs* y laicos, se le aparece como la contradicción que existe entre dos voluntades eternas del Ser: por un lado, su voluntad de afirmarse de más en más como determinado o fenomenal; por otro, su voluntad de negarse como determinado o fenomenal para volver al infinito. Escribe, entonces, *Essai d'un Discours Cohérent sur les Rapports de Dieu et du Monde*, accesible tratado metafísico que presta una base teológica a la *Trahison* y a *La Fin de l'Éternel*. Trataré de resumirlo.

Benda llama Dios y el Mundo a dos maneras radicalmente opuestas de concebir al SER. Si al pensarlo, le negamos los atributos del mundo en que vivimos, nos encontramos con un Ser infinito, indeterminado, libre. El hombre se eleva a Dios partiendo de la idea del mundo, o sea que Dios no es sino el mundo en que vivimos, el mundo fenomenal, pensado de cierta manera: esta manera consiste en negarlo en tanto que fenomenal. Pero ya sabemos que negar una cosa es siempre pensar en ella. En otros términos, la idea central y constante de Benda es el Mundo. O bien lo pienso idéntico a sí mismo, o sea bajo el *modo* de lo fenomenal (terminología tomada de Spinoza), o bien lo pienso bajo el *modo* de lo divino, o sea ignorando la determinación, el principio de identidad, siendo y no siendo al mismo tiempo. Si tomo la primera idea, el mundo bajo el *modo* de lo divino, puedo darla vueltas en todo sentido, explorarla a fondo, hacerle sufrir todas las transformaciones que se me ocurran, sin encontrar la segunda idea. Es imposible pasar, por vía de continuidad, de la idea A igual a no-A, a la idea A no es no-A. Entre ambas ideas no hay esa relación que en matemáticas liga una proposición a su corolario. El Mundo sólo es concebible con relación a Dios por una ruptura con Dios. Así, con delicada casuística, Benda muestra que el mundo, por el solo hecho de existir, vive en estado de impiedad, es decir separado de Dios —que es lo indeterminado, lo indiferenciado— y que estas formas sucesivas e ingeniosas de diferenciación —energía, materia, vida— han logrado escalonarse hasta llegar al hombre. Helo aquí, al mundo fenomenal, aparentemente victorioso. Ya no hay peligro de que vuelva a lo indeterminado, a lo infinito. Ha creado un instrumento perfecto en su afán de aumentar progresivamente la distancia que lo separa de Dios. Ha creado al Rey de la Creación. Pero el instrumento es tan perfecto que puede volverse contra él. *Victor, victus*. El mundo fenomenal ha vencido. Tanto vale decir: es vencido. Al llegar a la inteligencia humana, el término máximo de la impiedad del mundo, aparecen ciertos hombres, los *clerics*, y con ellos un extraño deseo de destruirse y volver a lo indeterminado, negándose bajo los modos del Yo. Benda dice que después de una inmensa era de afirmación de sí mismo, el mundo gusta un goce áspero en negarse, como esos grandes de la tierra que arrojan lejos de sí su cetro y su corona para perderse frenéticamente en el fondo de los monasterios. La vuelta del hombre a Dios exige una ruptura total con la idea de sí mismo bajo los modos de lo finito. No puede lograrse mediante una ruptura parcial, es decir, negándose como finito en beneficio de un finito mayor (familia, nación, clase), al cual transfiere la individualidad a que había renunciado temporalmente y en el cual recupera, considerablemente acrecidas, las satisfacciones de orgullo que perdiera en un primer momento. Pero si el individuo que se niega en favor de ciertos grupos, continúa su empresa de negación de lo determinado, llegando a

abjurar de finitos cada vez más vastos, podrá aproximarse insensiblemente a Dios. Según Benda, la oposición entre *clerics* y laicos es la misma que existe entre dos pasiones morales, cristianismo y paganismo, y entre dos formas políticas: dictadura y democracia. «El espíritu dictatorial, por su religión de lo arbitrario, del orden, de la desigualdad, me parece representar la voluntad del mundo de afirmarse en la existencia. El espíritu democrático, por su voluntad de justicia total, de proscripción de lo irracional, de retorno a lo no-diferente (igualitarismo) me parece en principio (no en sus *realizaciones*) la voluntad del mundo de negarse en tanto que existencia y de volver a Dios».

En la moral laica entra el orgullo de los hombres por haberse distinguido, el interés que tienen en continuar distinguiéndose, y las demás facultades que le permiten asentarse en su particularismo: coraje, espíritu de conquista o de agresión, desprecio de los derechos ajenos, sentido del orden, gracias al cual pueden jerarquizar sus diversos elementos y asegurarse su victoria definitiva contra Dios.

A la moral de lo real, el *clerc* opone su propia moral, su propia energía. Por intermedio del *clerc*, el mundo manifiesta su arrepentimiento, su deseo de sobreponerse a su inquietud, de volver a Dios. De ahí que todo verdadero intelectual sea por esencia un destructor, un inconformista, un «infinitista». El *clerc* rechaza la existencia real y la moral que se desprende de ella, y tiene por misión combatir la creencia del individuo en sí mismo.

La humanidad civilizada vive de la coexistencia de ambas fuerzas. Un mundo que sólo conociera la moral de los laicos, sería exclusivamente barbarie; un mundo que sólo practicara la moral de los *clerics*, dejaría de existir. La civilización quiere que la moral de los *clerics* influya sobre la moral de los laicos, pero que aquélla no sea nunca influida por ésta, así como en el sistema aristotélico lo divino conmueve a lo humano, pero nunca es turbado por lo humano.

Bajo la influencia del *clerc*, el laico dulcifica su moral, se civiliza. Luego, echándose atrás, se yergue nuevamente si ha sido dulcificado hasta el punto de poner en peligro su existencia. Así hemos visto a la Europa de los últimos cuarenta años volver al culto de la fuerza y desechar su liberalismo del siglo XIX. No debe olvidarse que la civilización significa para el laico comprometer su esencia práctica. Implica una transgresión a su ley.

Benda, cuando desmonta las pasiones políticas, encuentra en ellas estas dos voluntades ya señaladas, voluntades primordialmente laicas que constituyen su fundamento psicológico y que tienden a satisfacer, como hemos dicho, un interés y un orgullo. El interés, expresado por un grupo de hombres, de apoderarse (o conservar) un bien temporal (territorio, bienestar material, poder político, con las ventajas que implica); el orgullo,